

Creació Literària

La obra literaria de Regina José Galindo

The literary works of Regina José Galindo

Regina José Galindo pertenece a esa hornada de artistas latinoamericanas de raíces profundas en las nuevas tecnologías visuales a la hora de afrontar su obra. La performance ha sido la herramienta con la que Galindo ha tambaleado las viejas formas de arte, hasta ahora basadas en soportes caducos. El videoarte, una de las expresiones artísticas de la última década más rompedora y mayoritariamente femenina y feminista, es el vehículo perfecto en una época en que las imágenes se reproducen sin reflexión ni sentido. Galindo, utilizando su cuerpo como el material artístico al que somete, humilla, muestra, tortura o mancha, ha logrado hacernos parar un momento frente al torrente de fotogramas diarios y contemplar el daño del mundo.

Sólo una artista tiene ese poder de fascinación en su obra si, previamente, ha mantenido un diálogo interior entre su yo y el mundo. Esa conversación íntima fue las primeras manifestaciones de su arte, que ahora tenemos la oportunidad de leer en este número y con los que continua conectando a los espectadores y espectadoras con su trabajo en una simbiosis entre realidad social, feminismo y arte como muy pocas artistas logran hacerlo.

La capacidad de creación literaria de Regina llegó temprana. Empezó a escribir desde niña, cuando sus padres le regalaron un diario el día que tuvo su primera menstruación. La visceralidad de sus comienzos ha marcado el resto de su trayectoria creativa. Se quedó en ella este ejercicio de pensar y escribir lo que se le ocurría. En 1996-97, trabajaba en Prensa Libre. Allí tuvo la oportunidad de inscribirse a un taller de poesía impartido por el Bolo Flores y conocer a varios escritores, entre ellos, Juan Carlos Lemus, Fernando Ramos o Patricia Cortez Bendtfeldt. Con este grupo empezó más formalmente a trabajar sus textos que fueron publicados por la Editorial Coloquia en 1999. Este libro fue apadrinado por Luís González Palma (al que conoció en un taller de procesos creativos) y diseñado por la artista Jessica Lagunas.

A través de amigos y amigas escritores/as y, especialmente, gracias al trabajo creativo compartido con Jessica y Mariadela Díaz trabajando en una agencia de publicidad, se introdujo de lleno en el ambiente artístico guatemalteño.

A través de su relación con estas artistas, descubrió el potencial que habitaba en ella y comenzó su andadura artística mediante escritos y relatos, prosa poética y poemas. Aquello fue como echar una cerilla en un bidón de gasolina. La combustión

que generó no era suficiente con las palabras en el papel y de ahí surgió su ansia por comunicar un arte fuera de todo límite del papel. Frente a la cámara, desafía al mundo con una mirada dura e impenetrable, del mismo modo que sus palabras son cuchillos y balas contra la conciencia perezosa que asola el mundo.

Los textos que presentamos a continuación abarcan múltiples temas que han sido la preocupación de sendas reivindicaciones para cambiar el concepto que tenemos de mujer, su relación con su cuerpo y el mundo, y su papel en la sociedad, al igual que una visión cruda de la realidad de ser madre en un país en el que maltrata de manera endémica y sistemática a sus mujeres y las trata como escoria.

Además, el tema de la violación, reflexionado y estudiado en muchas obras visuales de Galindo¹, es un tema capital para la artista. La narración desnuda y espeluznante que hace de este asunto borra los límites de la comodidad para empatizar con la víctima y entender que se trata de una lacra que no entiende ni de países ni de educación ni de dinero. Sólo a que sexo perteneces.

La dinámica social es fundamental a la hora de cambiar dichos comportamientos. Galindo siempre ha utilizado sus argumentos artísticos para crear una conciencia cívica que frene la actitud machista y las acciones vejatorias hacia las mujeres. Es la sociedad la que tiene el poder, pero también la que puede seguir heredando patrones de conducta difíciles de sustituir en una década.

Aún así, Galindo aboga en sus escritos por la libertad de la mujer. Y su libertad implica cosas tan íntimas como su derecho a la masturbación, a llorar, a arrugarse cuando se haga vieja y a no pedir explicaciones por cómo vive su vida. La artista sabe que esa energía dentro de cada una de ellas es la que tambaleará los cimientos de un androcentrismo que se convulsiona y retuerce, resistiéndose a entender lo que hace tiempo que ya es entendible: que las mujeres no son ciudadanos de segunda y que no son ni esclavas sexuales, ni incubadoras andantes, ni putas, ni basura. La brutalidad con la que narra en sus relatos el sufrimiento de quien es sometida contra su voluntad, es el vehículo más eficaz para vestirnos con la piel de la otra y condenar unas acciones que no tiene justificación alguna. Sólo hay que hacer la prueba: sólo se entiende la quemadura, cuando uno/a ya se ha quemado. Y, sin duda, sus textos son incendiarios.

1 Por ejemplo, su obra *El dolor en un pañuelo* es una clara referencia a la epidemia de violaciones perpetradas en su país, aunque la denuncia de su obra siempre es global. Todos sus trabajos pueden visualizarse en su página web: www.reginajosegalindo.com.

Con mi mano me basta

ella no me somete
ni me pone a prueba

conoce mi punto
la fuerza justa
el ritmo

uno dos tres cuatro uno dos tres cuatro
uno dos tres cuatro uno dos tres cuatro uno
dos tres cuatro uno dos tres cuatro uno dos tres
cuatro uno dos tres cuatro uno dos tres cuatro uno
dos tres cuatro uno dos cuatro uno dos tres cuatro uno dos
dos tres cuatro uno dos tres cuatro uno dos tres cuatro uno dos
tres cuatro uno dos tres cuatro uno dos tres cuatro uno dos tres cuatro
unodostrescuatrounodostrescuatrounodostrescuatrounodostrescuatro
unodostrescuatrounodostrescuatrounodostrescuatrounodostrescuatro
unodostrescuatrounodostrescuatrounodostrescuatro
uno dos tres....

entonces se aleja
sin exigirme un segundo esfuerzo.

Con los ojos hinchados de tantas lágrimas y la desesperanza asomándose por sus labios, una mujer avanza en su largo trayecto de regreso a casa. Con el caminar lento, apenas logra dar unos pasos, las piernas responden poco y un ardor infinito que sale de su vagina le corre por todo el cuerpo.

La ropa rasgada y sucia son marcas llamativas para los ojos ajenos que la ven pasar con cierta pena y mucho temor. Nadie se acerca a ofrecer ayuda. Ni siquiera el ojo reventado o los hilos de sangre seca que se vislumbran por su falda logran conmover a alguien.

Sea como sea, tiene que llegar a casa. Aunque sea a gatas, aunque sea a rastras. Necesita de forma urgente, una ducha tibia que le quite del cuerpo ese fétido olor a babas y semen. Necesita de forma urgente, su cama, para llorar sin interrupciones la pesadilla recién vivida.

Fueron 3, los muy malditos, fueron 3. La tomaron por la fuerza cuando bajaba del bus y la llevaron a empujones a un lote cercano. Muchos vieron lo ocurrido pero como siempre pasa, tuvieron miedo y no reaccionaron, no hicieron nada.

Ya en el lote vacío empezó el festín. Entre gritos de algarabía e insultos la usaron y reusaron. Ella pegó alaridos desesperados y se revolcó, pero nada dio resultado. Mientras más difícil se ponía ella, más difícil se ponía la situación. Así que terminó por rendirse, trató de mandar sus pensamientos lejos, a otra parte, pero el dolor era tal, que la traía de vuelta.

Soportó entonces, el primero, el segundo y el tercero. El paso del tiempo se detuvo por completo y fue para ella, una eternidad. No supo cuándo se detuvieron, de pronto los vio alejarse mientras uno de ellos se componía aún el pantalón.

Esto, según nos cuenta nuestra violenta y particular historia actual, pasa todos los días. Hoy que escribo la columna, 26 de noviembre, me tocó ver uno de los más macabros espectáculos de mi vida.

A media cuadra de casa, encontraron partes del cuerpo de una mujer, metidos en pequeñas bolsas negras. Al parecer, un perro las olfateó y empezó a degullir un pedazo. Minutos después llegó la policía, el Ministerio Público, los curiosos y yo. Mientras metían el resto de una pierna a una caja de cartón, escuché a una vecina decir “ayer fue el día de la no violencia contra la mujer, de seguro por eso la mataron”.

Se rehabilitan los bolos
los piedreros
los que se inyectan.

No las locas
las flacas
las ojerosas
las hiper tristes.

A esas almas se las lleva siempre el diablo

pueden parir cien vidas
que siempre seguirán viéndose muertas.

Son la depresión andante
los pellejos rancios
los esqueletos sin gracia

Se droguen o no
la amen o no

ellas serán siempre las disfuncionales
la eternas discapacitadas
las deficientes.

En sus manos

El pecho apretado respiraba con dificultad y un ligero pito salía de mi boca con cada espiración. Era un ataque de asma que había desarrollado durante las horas nocturnas. Fue extraño, hacía muchos años de mi último ataque y ahora ése, de pronto, sin previo aviso. Quizás efecto del humo ingerido durante las últimas semanas ya que había fumado marihuana en exceso para mitigar la ansiedad, o quizás el simple resultado de un cambio hormonal.

Después de pensarlo un poco me levanté a pausas de la cama y me dirigí a la caja de medicinas en busca de mi bomba de ventolín; antes de presionarla en mi boca vi que había expirado hacía más de dos años, así que la bote inmediatamente. Entonces me preocupé, ese tren sonando desde mis pulmones, esa picazón en la parte inferior de la garganta, esa especie de asfixia y yo sin nada para medicarme.

Abrí el chorro de agua del lavamanos, me humedecí la cara y el escaso hilo de aire terminó de cortármeme cuando vi mi reflejo en el espejo. ¿De dónde habían salido esas líneas púrpuras? Me acerqué aún más y descubrí que era las marcas de dos manos apretándome el cuello.

Dos manos grandes, fuertes, manos de hombre trabajador, manos que dan ganas de tocar, manos que dan ganas de que nos toquen. Esas manos eran ideales para arrancarnos la ropa con un mínimo esfuerzo, para sostenernos en la calle mientras damos un paseo, para acariciarnos ásperamente los pechos y las nalgas. Manos sexis, manos que despiertan el deseo. Los dedos largos y huesudos, perfectos para una previa penetración en el proceso del calentamiento.

Nunca antes había visto manos tan hermosas y bien formadas. Nunca había entrelazado mis dedos en dedos como esos. Nunca había lamido ni mojado con mis flujos una palma con líneas tan definidas y ahora, de la nada, aparecían en mi cuello.

Esperé despierta a que fuera el nuevo día. Al salir el sol me bañé sin prisas, me maquillé las marcas y llamé a la oficina para reportarme enferma. Aún sin cita acudí a mi viejo médico. Al llegar mi turno me chequeó por completo y no pudo esconder la pena que sintió al descubrir las marcas en mi cuello. Luego de un ciento de preguntas me recetó un sin fin de nuevos medicamentos y me mandó a casa.

Pasaron los días, los meses, los años y nada me alivió. Por más medicamentos novedosos y extraños que probé, nada alivió mi asma ni borró definitivamente las marcas. Durante el día podía hacer mi vida normal, un poco de maquillaje, un pañuelo, el clásico cuello alto pero siempre, al caer la noche, regresaba esa angustia por el no respiro, ese sonido agudo envolviendo mi ambiente, esas líneas alrededor de mi cuello.

Me internaron en hospitales varias veces, me enviaron a psiquiatras, curas de sueño, clínicas de acupuntura. Yo por mi cuenta visité todo tipo de sacerdotes, pastores evangélicos, y hasta un brujo que me recomendaron en un rincón perdido en Santo Domingo, pero nada me dio un nuevo aliento.

Desde entonces respiro por las noches con dificultad y duermo sola, envuelta en sus manos.

Perra

Sentía como la vista se le nublaba en medio de un gemido que le salía desde el fondo de las entrañas. Era un orgasmo, del que tantas y tantas veces había oído hablar. El que tantas y tantas veces había buscado de diversas formas. Masturbándose con las manos, con una botella, con un consolador sin pilas, con un vibrador, cogiendo con los primos, con los del barrio, con su nuevo novio Manuel.

Nunca podría tener la certeza pero todo indicaba que esa falta de aire, ese retorcijón en medio de su vagina, en un punto exacto que no podía ubicar, era un orgasmo. Sus ojos permanecían cerrados y esos segundos de placer le parecieron la razón de su vida entera.

La bolsa de nylon que le cubría el rostro, ahora con una extraña sonrisa, se le terminó de pegar a la piel, la fuerza que la sostenía en cuatro patas, dejó de correrle por los músculos. Ya no sentía nada, ni ardor en la pierna navajeada, ni dolor en la mano sin dedos, ni miedo, ni odio, ni impotencia, solo una corriente de paz y ganas de no abrir los ojos nunca más.

El hombre, que no llegaba ni siquiera a los dieciocho años de edad y que, sin embargo, tenía más vida que un militar de sesenta, se percató que el cuerpo al que estaba penetrando, era ya un cuerpo muerto.

Igualmente siguió, una y dos veces, una y veinte veces, no iba a quedarse con el semen dentro, ya que eso luego le causaba grandes retorcijones en la base de la verga.

Inmediatamente después de la erupción, se sacudió el miembro sobre el cuerpo inmóvil, se lo guardó entre los pantalones anchos de lona y dijo en voz alta -esta puta ya palmó, mejor nos apuramos a terminar el trabajito y nos rajamos.

El Payaso, que aún no había gozado, levantó una mano en señal de desaprobación y dijo que el no se largaba a ninguna parte sin antes metérsela a la jaina -que deahuevo ustedes cerotes como ya están desquesados, pero yo así no me regreso a mi chante, caras de mi verga, ahora se esperan culeros.

Luego de eso se acercó al cuerpo, lo puso boca arriba, lo estiro bien y se le echó encima para facilitar la penetración, como estaba tan caliente, de tanto ver, se vino en pocos minutos.

Los demás se rieron casi al mismo tiempo, el Pinki dijo -este hijueputa no aguanta naaa, mejor no le conecto a la Rossana que la va a dejar con ganas.

Entre todos, que eran seis, exactamente seis, cogieron a la mujer; o lo quedaba

de ella. La extendieron sobre un nylon. El Payaso, con un cuchillo de cocina oxidado le corto las orejas y las metió dentro de una bolsa amarilla de Paiz. El líder de la clica, el más ácido de todos, el más cabrón, conectó el cuchillo eléctrico que se habían güeviado especialmente para esos menesteres y empezó a cortarle la pierna izquierda, en la que antes, cuando aún estaba vivita y coleando, le habían escrito la palabra PERRA con una navaja.

La sangre salpicaba de forma sucia y descontrolada manchando todas las paredes. El Kalaka, sin pensarlo, alegó por el desorden que se estaba haciendo -ala gran puta vos, esta mierda si nos va a costar limpiarla, trabaja más limpio manito, como un profesional. Todos, al unísono, volvieron a reir.

- Mejor pasame esa caja y hacete shooo, cara de mi culo, le dijo el Bronson al Kalaka. A los pocos segundos la pierna lucía dentro de la caja de carton de Pasta Ina como un cadáver en su propio ataud.

La caja fue depositada de madrugada en una calle de la zona 3. Las orejas se las guardaron ellos de recuerdo. El resto del cuerpo, el tórax, la cabeza, los brazos, la otra pierna, fueron cortados luego, metidos como fuera en bolsas negras Kanguro y depositas sin orden en diferentes puntos de la ciudad.

-Este tiene que ser un orgasmo se decía ella para si misma, del que tanto me habían hablado, el que tanto había esperado.

Prensado a mis entrañas
permanece

Hace un año vive conmigo
chupando mi sangre
mi sudor
mi sexo.

He intentado un aborto
pero este amor
no conoce la muerte.

Yo nunca me paré frente al mar a pensar en ti
tu nunca te paraste bajo la luna a pensar en mí

por eso estamos como estamos

por pensarnos
en el carro
en la oficina
en el baño.

Pasa,
repleta de huellas
gastada.

Con dos pepitas secas
una cueva en desuso
tres yardas de pellejo raído
y un hondo perfume de habitantes del mar.

Así como me encuentro
aún me quedan las ganas.

Miedo
de parecerte fea
de parecerte tonta
de parecerte puta

de parecerte
 más que nada
de parecerte.

I
Arrejunté las palabras vulgares
los ruegos
y las maldiciones

hice un rollito con todo

y te dejé partir.

II.
Me disequé los ojos
amarré mi lengua
me amputé los pezones y el clítoris

y te dejé partir

El la amó con toda el alma.
Ella,
con toda la vagina.

Para que no recuerdes el día de mi muerte
voy a suicidarme de noche.

Sos un buen padre
-al extremo-

por eso
te pedí un hijo

por eso
te negaste

no querías nunca
que a uno tuyo
le dijeran

hijo de puta.

Encontró la selva virgen
protegida
arisca.

Y así la penetró

a la fuerza
(una y dos veces)

como perro salvaje
(una y diez veces)

por instinto
(una y cien veces)

hasta dejarla seca
sin flores
con un sólo gusano
habitándola dentro.

Comenzó a las doce.

Un doctor
diez mil contracciones
y un hijo de puta.

Los muros de su fuente se rompieron
se inundó de gritos.

Con las entrañas revueltas
retuvo el aliento.

El matricida
 bañado en sangre
mostró su cabeza.

Ella,
lo bendijo.

De la vagina de una reina
 así nació.

No hubo cigüeña
ni mago

sólo sexo.

Soy lugar común
como el eco de las voces
el rostro de la luna.

Tengo dos tetas
-diminutas-
la nariz oblonga
la estatura del pueblo.

Miope
de lengua vulgar
nalgas caídas
piel de naranja.

Me sitúo frente al espejo
y me masturbo.

Soy mujer
la más común
entre las comunes.

Hace treintaseis años
mi padre
asesinó a golpes
los sueños de mi madre.

Desde entonces
está preso
cumpliendo cadena perpetua
inconmutable.

La poesía la llevo dentro
alguien
-con su palito erecto-
me la metió.

Si fuera José
-sólo José-
no tendría este pene atrofiado
mis tetas se hundirían
me llenaría de pelos.

No me las cogería a la fuerza
ni me cuidaría las nalgas.

Si fuera José
sería igual de vulgar
y no me enamoraría de Regina.